

Ezequiel Martínez Estrada

# MENSAJES

Seleccionados por  
**NIDIA BURGOS**

**INTERZONA**



INTERZONA



---

MARTÍNEZ ESTADA, EZEQUIEL

MENSAJES. - 1A ED. - BUENOS AIRES : INTERZONA EDITORA,

EDIUNS, 2013. 12,5x18, 140 PÁGINAS

ISBN

---

© Ediuns, 2013

Av. Alem 925, Bahía Blanca

ediuns@uns.edu.ar

www.ediuns.uns.edu.ar

© interZona editora, 2013

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

REUN

Red de Editoriales

de Universidades nacionales

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

Armado: Fabian Luzi

Edición: Ediuns

Tapa: Brenda Wainer

Foto: Fundación Martínez Estrada

ISBN 978-987-1920-

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CARTA A VICTORIA OCAMPO	15
FRANCIA ES LA SALVACIÓN	25
MIS QUERIDOS ALUMNOS, MIS QUERIDOS AMIGOS...	35
DESPEDIDA DE HORACIO QUIROGA	41
MENSAJE A LOS ESCRITORES	49
DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD	85
PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE <i>RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA</i>	107
SOBRE LA VIGENCIA DE <i>RADIOGRAFÍA DE LA PAMPA</i>	117
LA CABEZA DEL GIGANTE	121
MARTÍNEZ ESTRADA EN LA LUCHA CARTA A LEÓNIDAS BARLETTA	127
ALGUNAS APOSTILLAS SOBRE <i>LEER Y ESCRIBIR</i>	129
ROGATIVA EXCULPATORIA	133



## Prólogo

Día a día se van renovando las generaciones de la patria y ellas asoman a reclamar el legado de sabiduría, pensamiento y arte que han dejado quienes los precedieron. Es nuestro deber entonces acercarles las reflexiones de los más preclaros pensadores de nuestra América. Y si nuestros proyectos se cumplen, iremos llevando a la imprenta, para su difusión, a los mejores.

El tiempo que todo lo destruye, deslíe y apaga, a veces cubre de ignaro olvido las mejores páginas y en ellas las reflexiones de nobles espíritus.

De la ingente obra de Ezequiel Martínez Estrada hemos elegido –y no fue fácil– las que nos parecen que pueden ayudar a los jóvenes que no lo conocieron, a acercarse –a través de breves pero sustanciosos textos– al pensamiento de alguien que “tuvo la infrecuente costumbre de ser un hombre libre”.

Iniciamos la selección con una carta que le dirigió a Victoria Ocampo cuando ella le pidió unas páginas autobiográficas. Hemos elegido un orden no cronológico, sino temático. Por ello a aquella carta de 1945, le sigue una reflexión de 1944 sobre el significado de la liberación de Francia. Esa preocupación por la libertad como patrimonio del hombre nos lleva al siguiente texto de 1945: *Carta a los estudiantes del Colegio Nacional de La Plata*, escrita en respuesta a la misiva que le enviaran sus estudiantes, que lamentaban su ausencia del aula, ocasionada por circunstancias coyunturales de la política de entonces bajo el gobierno del Gral. Edelmiro Farrell. Le siguen las palabras de despedida a Horacio Quiroga que pronunció en sus exequias en 1937. Luego *Mensaje a los escritores*, conferencia organizada por el Colegio Libre de Estudios Superiores en la ciudad de Bahía Blanca, que pronunció el 13 de junio de 1959, en el Día del Escritor.

En la misma tesitura *Discurso en la Universidad*, un texto inolvidable para quienes estuvieron ahí escuchándolo en un acto que organizó la Universidad Nacional del Sur con motivo del vigésimo quin-

to aniversario de *Radiografía de la pampa*. Aquí como en aquella carta de 1945, se dirige especialmente a los estudiantes, pero así como entonces describió con rasgos inmejorables la *unio mística* de la relación maestro-alumno, ahora fustiga a los estudiantes flojos, a los interesados, no en saber, sino en hacer “carrera”.

Continuamos con *Preguntas y respuestas sobre “Radiografía de la pampa”*, que respondió en 1958, y le agregamos una parte del borrador de una carta (creemos que a Enrique Espinoza), hasta ahora inédita, que encontramos en su archivo personal, donde en el encabezado del extenso fragmento dice: “Dejaba sin contestar una pregunta que le hizo alguien que me estima: si creía yo todavía vigente mi *Radiografía de la pampa*”. Esta página, leída hoy, cuando transitamos el ochenta aniversario de la aparición de *Radiografía*, nos permite comprobar la lucidez con que estimaba la vigencia de su diagnóstico.

Completamos esa etapa con un comentario suyo sobre la ciudad de Buenos Aires que titula *La cabeza del gigante* en 1956, a dieciséis años de haber publicado *La cabeza de Goliath*, cuando estaba esperanzado

en que se pudiera trasladar la capital de la Argentina a la ciudad de Bahía Blanca\*.

Otro texto muy interesante es una carta del 25 de diciembre de 1958, que le dirigió a Leónidas Barletta y que este publicó en su diario *Propósitos* bajo el título “Martínez Estrada en la lucha”, donde nuestro escritor, conspicuo antiperonista, critica acerbamente a los militares que derrocaron a Perón por el trato infamante que daban a los peronistas perseguidos.

Cerramos esta cala en el pensamiento de Don Ezequiel con dos textos referidos a su profesión. El primero, algunas reflexiones sobre leer y escribir, en un tono paradójico que nos recuerda de alguna manera sus *Coplas de ciego*. El último, *Rogativa exculpatoria* un humorístico ruego al Señor para que lo libre de linotipistas descuidados y de malos correctores de pruebas, pues aquellos producían un mal tan generalizado que –como solía decir– “moriremos de una errata”.

Así, del recuerdo a la polémica, de la reflexión serena al decir fustigante, de la calibrada visión de la realidad a la espe-

---

\* cfr. Diario *El Atlántico*, Bahía Blanca, 21 de diciembre de 1955 y 5 de enero de 1956.



ranza de un futuro mejor, de la piedad a la ironía, podremos advertir el variado registro de un escritor valiente al que encaja bien la valoración que él mismo hizo de Sarmiento: “lo que en sus años de lucha era malo, sigue siéndolo; allí donde él encontró la veta, yace aún el oro; lo que era peso inerte, gravita todavía y vuela aquello a que le puso alas.”\*\*

Nidia Burgos

---

\*\* cfr. *Sarmiento a los ciento veinte años* (1931) en *Leer y escribir*, México, Editorial Joaquín Mortiz, serie del volador, agosto 1969, p. 88.



## Carta a Victoria Ocampo\*

Señora:

Para cumplir mi promesa de esbozar en algunas líneas el mapamundi de mi vida, recorrí no menos de veinte veces el camino del recuerdo. Equivale a sacar de un cofre mariposas pulverizadas. De ese repaso que creía tan lleno de interés y de emociones, solo me resta una grande, trágica desilusión; porque se trata de una vida que ni a mí mismo puede interesarme ya. Le debo, en suma, esta liquidación de acaso las últimas supersticiones y el desvanecimiento en la luz de espectros y duendes que me encantaban y no existían.

Preferiría cualquier otra vida, si al leerla pudiera poner el mismo fervor de comprender que al recordar la que viví.

---

\*Esta carta fue publicada en Revista *Sur* (295), julio-agosto de 1965. Número homenaje a Ezequiel Martínez Estrada. Aquí fue extraída de *Leer y escribir*, México: Editorial Joaquín Mortiz, serie del volador, 1969, pp. 115-120.

El propio tesoro es un bien común, y las noches y los días se dan iguales para el desdichado y el feliz. Esta experiencia penosa me lleva también a la conclusión de que las autobiografías no tienen ningún sentido profundo y que son mero pasatiempo de gentes egoístas. No obstante ¿dejaré de recordar con emoción la niñez de Tolstoi —o la de Goethe— muchísimo más pobre de caos y de cosas que la mía, aunque lo subjetivo haya irisado el suceso y la circunstancia con la caricia de su mano trémula? Cualquier infancia ensombrecida por los rincones oscuros del propio hogar, humedecida de lágrimas, me vendría bien si al mismo tiempo floreciera en el júbilo de la belleza y en el goce casi religioso de seguir estando vivo. Confieso que me reconozco incapaz de fraguar una niñez apócrifa ni de hacer literatura sobre la verdadera. Bastante tiene de absurda y de trivial. Al fin y al cabo, cuanto aconteció en mi existencia tiene poca relación casual, lógica, conmigo. Parezco ser un ente que atravesó ileso e inmune los hechos que constituyen su existencia terrestre, humana, diaria, documental. Nada tengo que ver con mi biografía. Repasado

el texto, siento que vivir y ser son dos realidades distintas. Y si lo que me aconteció no tiene significado para explicar lo que soy, ¿no valdría lo mismo que inventara o que plagiera? Resulta inevitable, además.

Pero he ahí que soy absolutamente inepto para la mistificación. Jamás consideré una virtud mía no haber mentido, haber sido veraz y leal, sino una incapacidad de carácter orgánico, una especie de falta de oído para la melodía de lo histriónico. Por añadidura soy un hombre púdico, quiero decir incapaz de confesiones o de cualquier otro rasgo de impudibundez ingénita. Más bien experimento tendencia a ocultar lo que puede enaltecerme sin que tenga ningún desliz de que avergonzarme. He procurado que mi vida fuera limpia todos los días, y esto es simplemente un hábito higiénico. Tampoco creo que sea un mérito poder exhibir una vida como se hojea un álbum, porque ninguna vida exenta de pecado está redimida de verdad. En fin, a veces pienso que ni Dostoievski ha imaginado una existencia tan trágica y penosa como la mía, eso no tiene explicación por los hechos ni puede servir de prueba ante ningún tribunal, como

el imaginado por Kierkegaard, que tratara de averiguar quién fue el hombre más infeliz. Como en las pesadillas, el verdadero sueño es infinitamente desproporcionado a la angustia que produce. Repasando mi vida, veo que solo he sido yo el culpable de una valoración pesimista, y que prolongar la existencia más allá de la pubertad es un funesto error que se paga con la misma supervivencia.

De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez. A los pocos años, por ejemplo, conocía ya a las personas de mi familia y de nuestras amistades con tal certeza que todos sus defectos me eran sensibles como ahora mismo los juzgo. De ahí que creyeran los extraños que poseía yo una inteligencia excepcional, cuando todo se debía sencillamente a ese prematuro despertar del sentido de la vida, que asimismo he encontrado, con relativa frecuencia, en criaturas no por eso inteligentes en otros aspectos. Tales criatu-

ras por lo regular mueren pronto –en una u otra forma– y es una desdicha sobrevivir a las condiciones fijadas por la naturaleza, que parece haber puesto la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas en los límites de lo que otorga sin exigir el pago supremo. Por estas razones la canción de Mignon, en el *Wilhelm Meister*, es de lo que más me ha impresionado en obra alguna; más acaso que el capítulo de los niños precoces en *Los hermanos Karamazoff*. Este despertar –que no puede ser tardío– es lo que sazona y condiciona el sabor de la existencia y no creo que se dé siempre, ni en personas de gran talento. Si alguna vez tuviera yo que escribir algo sobre psicología no pedagógica, fijaré la pubertad del espíritu muchos años antes de la fisiológica, y procuraré que se vea claro que el hombre emerge en los primeros años o que muy bien puede no emerger jamás –ni en la vejez más fructuosa de sabiduría. Por mí sé que heredamos en sustancias diferenciadas del padre y de la madre, aunque no las mismas cualidades y que el carácter es una fatalidad ancestral. Él nos hace aparear como espectadores de nuestros propios actos, y todo lo

involuntario que se nos impone con fuerza irresistible pertenece a la línea genealógica de los muertos. De la madre somos hasta cierta altura de la vida, luego del padre. Finalmente somos de los padres del padre y de las madres de la madre, sin que para uno mismo quede tiempo después de poner en limpio esa embrollada herencia. Entre los recuerdos, pues, algunos míos remontan la historia de familia y la imaginación suele entremezclarse tan subrepticamente en ellos que a veces he pensado si la imaginación no es una extraña forma de la memoria ancestral. Los más antiguos recuerdos persisten nítidos y en vano intento localizarlos a mi alrededor. La memoria específica se acusa en mí con los caracteres crudos de la herencia somática. Por esta presencia consciente del pasado tengo a menudo la impresión de que revivo escenas y hasta he podido prever la continuación de una serie de hechos. Lo que se entiende por adivinación debe entrar en ese orden de fenómenos.

Soy una madriguera de complejos, una red subterránea en que el subconsciente posee sus mapas precisos. Nunca quise aprovechar de ese tesoro soterrado, dejando libre el juego de la fantasía, sino



que me esforcé por que la razón lúcida rigiera mi pensamiento. Es un desaprovechamiento de mí mismo parecido a la destrucción, casi involuntaria, de mi memoria, que en años juveniles era de fidelidad fotográfica. Pero acaso pudiera explicarse esto por dos razones: mi disgusto de recordar y una inclinación al análisis lógico aun de mis actos más comunes, que me ha privado siempre de la contemplación ingenua. Mi recuerdo verídico más antiguo data de los primeros meses y el que primero me produjo una impresión generadora de mágicas asociaciones, dos caballos blancos que tuvo un pariente, y que se alimentaban de carne. La fábula de los caballos de Reso nunca me pareció inverosímil.

Ejemplo, de una de mis “censuras”: hasta el año 1924 me era imposible evocar el nombre de Leopardi cuando me lo proponía. A los cinco años me llevaron en sulky, con un tío que luego se suicidó, a buscar un leopardo –sería un jaguar– que dicen que rondaba por un bosque a orilla del Carcañá. La lectura de las obras de Freud aclaró el enigma y la “censura” desapareció.

Hasta los doce años viví en pueblos de las provincias de Santa Fe y del sur de Buenos Aires. Estos años sí son ricos de